

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 6, Diciembre 1997

Caracolito

Viviana Hurvitz

p. 138

Viviana Hurvitz

ENTONCES me dormí. Soñé con niebla, negro, noche: una nada, un vacío donde los pies se hunden, sin contornos, sin paredes. Hasta que la veo: una silla enorme y ella, tres o cuatro años, sentada en el borde, con las patitas colgando sin llegar al piso. Quietita, muy. Yo, descalza, avanzo a tientas con el corazón estrujado, una piedra en el pecho, en la garganta. Quietita, como gimiendo y yo tratando de llegar y perdiéndome en la niebla, sin ver la dirección, reencontrándola por los

gemiditos, estas ganas de llorar, de alzarla, de arrancarla de la noche, está ahí, tan cerca y otra vez se esfuma, norte, sur, dónde sus tres añitos que no pueden decir, que no saben, con los ojitos secos del miedo, ahí está, de espaldas, el respaldo de la silla, casi giro, casi puedo tocarla con las yemas estiradas de mis dedos. La miro: no me sorprende, sabía, tan chiquita, tan sufriendo: es yo. Se abren las distancias, corro, corro, corro, tropiezo en la nada, me pierdo, la pierdo, la pierdo, la pierdo.

Entre dormida y despierta vuelvo para atrás, borro con desesperación el final del sueño, vuelvo a soñarlo: otra vez camino entre la niebla, pero ahora he decidi-



do rescatarla. Avanzo con seguridad. Ahí está: ahora sí... Me arrodillo a su lado... estiro los brazos para abrazarla... pero mis manos la atraviesan como si fuera parte de la nada y me veo, ridículamente, abrazando a mi propio cuerpo.

Sueño por tercera vez con la niebla y la nena. Puedo ver todo pero no estoy. Quiero llorar: la he dejado realmente sola.

Entonces de la niebla surge una linera envuelta en una frazada descolorida que arrastra un cordón con latitas de to-

mate vacías, bolsas con trapos, panes y naranjas. Me guiña un ojo, me sonrío con dientes quebrados, a mí, que no estoy en el sueño.

Voltea la cabeza, sigue hasta llegar a la nena. Se miran, no se dicen nada, la vieja se acerca más, la nena estira las manitas y se le cuelga del cuello. Se está tan bien bajo la frazada de la vieja, tan calentito. Ahora puede llorar. Y llora. Y mientras llora las paredes comienzan a definirse, de a poquito se va la niebla, hay una cama, un osito de peluche, casi amanece y la nena se duerme sobre el pecho gigante y carnoso de la vieja que le canta bajito una canción de cuna.